

## Posibles olvidadas

Por Galileo Kittinger

Mi madre fue la primera en instruirme acerca de cuidar la naturaleza, de observar las estrellas, de salir a pasear por el campo y las bellas praderas verdes, por ello, siempre he creído que el viento sopla más al sur, allá donde los edificios no surcan los cielos. El vagón delantero del metro iba especialmente lleno aquel día de otoño. Había sido un día largo en la preparatoria, pero la última hora estaba dedicada a Educación Ambiental. En aquellos días me dedicaba a realizar mi proyecto de dicha asignatura, de modo que por las mañanas era maestro suplente en mi antigua secundaria y daba un curso de concientización ambiental. Ver a los pequeños de secundaria me llenaba de alegría, siempre con tanta energía e inocencia, receptivos a lo que les enseñaba.

Todo lo que ocurría en mi vida había cambiado: generaba menos basura y la separaba, recorté el tiempo de la ducha, y recolectaba baterías en la secundaria para llevarlas a un centro de tratado especial. Los pequeños también hacían su parte, ya que la secundaria pronto se llenó de árboles igual de jóvenes que ellos, los recesos terminaban sin una sola evidencia de basura, los salones limpios y en general se sentía algo diferente. Todo esto me motivaba, era una acción mínima, enseñar a esos niños me hacía sentir útil, y ellos seguramente enseñaban en sus casas haciendo una hermosa cadena de esfuerzos: eslabones limpios, plateados... como los pasamanos del metro.

El pitido me alertó, se abrieron las puertas de par en par, y tras ellas un mar de gente se apiló de vuelta para no dejar subir a más personas. Delante de mí, bajó un joven de aspecto amable, saludó a la señorita que revisaba las tarjetas del sistema de transporte, y bajó del paradero con su abrigo de lana y un vaso de café en la mano. Caminaba libremente con sus auriculares, el viento hacía volar su cabello y el olor a café penetraba en mi nariz. De manera repentina dejó caer deliberadamente una sórdida servilleta, y siguió su camino.

Mi desconcierto se generó al ver que el bote de basura estaba a cinco pasos, así que, con mi mayor enfado y desagrado, levanté la servilleta y me dispuse a situarla en el lugar correcto. Grande fue mi sorpresa al levantar el rostro y ver frente a mí una mirada profunda de vergüenza. “¿Qué levantaste?”, preguntó el chico, a lo que contesté que había cogido la servilleta que él había tirado. El chico estiró su mano, con su mirada clavada en la servilleta.

Una vez devuelta la servilleta en su mano, exclamó algo que jamás olvidaré: “Gracias por enseñarme algo que había olvidado”.

Aquel desconocido se convirtió fugazmente en un ciudadano, en una persona con responsabilidad ambiental. Regocijado, volví a casa repitiendo para mí aquellas palabras tan genuinas y sinceras. Mi vida ha estado colmada de bellas experiencias, personas que me han enseñado a valorar cada fragmento de alegría, por más pequeño que sea, pero aquel día aprendí que no todo el conocimiento está en la escuela, ni en la familia, y muy a menudo tampoco en los amigos; el conocimiento puede estar en una casualidad, el conocimiento de los valores puede estar en un desconocido, la conciencia de cuidar el medio ambiente puede estar en un descuido, en un café de otoño con una posible olvidada.